

Ya hice la presentación del gran escritor inglés Jorge Gissing. Ya referí una lección suya. Aquí va otra. ¡Cómo pierde limpidez su estilo al pasar por mis manos de traductor intonso! Quienes quieran leer el original—y bien vale la pena—abran *The Private Papers of Henry Ryecroft* al capítulo XXII correspondiente a la sección de *Primavera*. Yo soy un escritor demasiado personal—casi sólo soy una personalidad—y mal me adapto para verter de lenguas extrañas a la mía. Crédmelo, ha sido sólo por complacer a mi anciano amigo y querido maestro que me he puesto a hacer la traducción que sigue. El homenaje es sincero, por torpe que resulte. Por lo demás, *secretum meum mihi*.

«Si nos atuviéramos a los periódicos literarios exclusivamente, y con su solo testimonio por base juzgáramos la época, sería fácil persuadirnos de que la civilización ha hecho de veras grande y sólido progreso, y de que el mundo está en una alentadora etapa de ilustración.

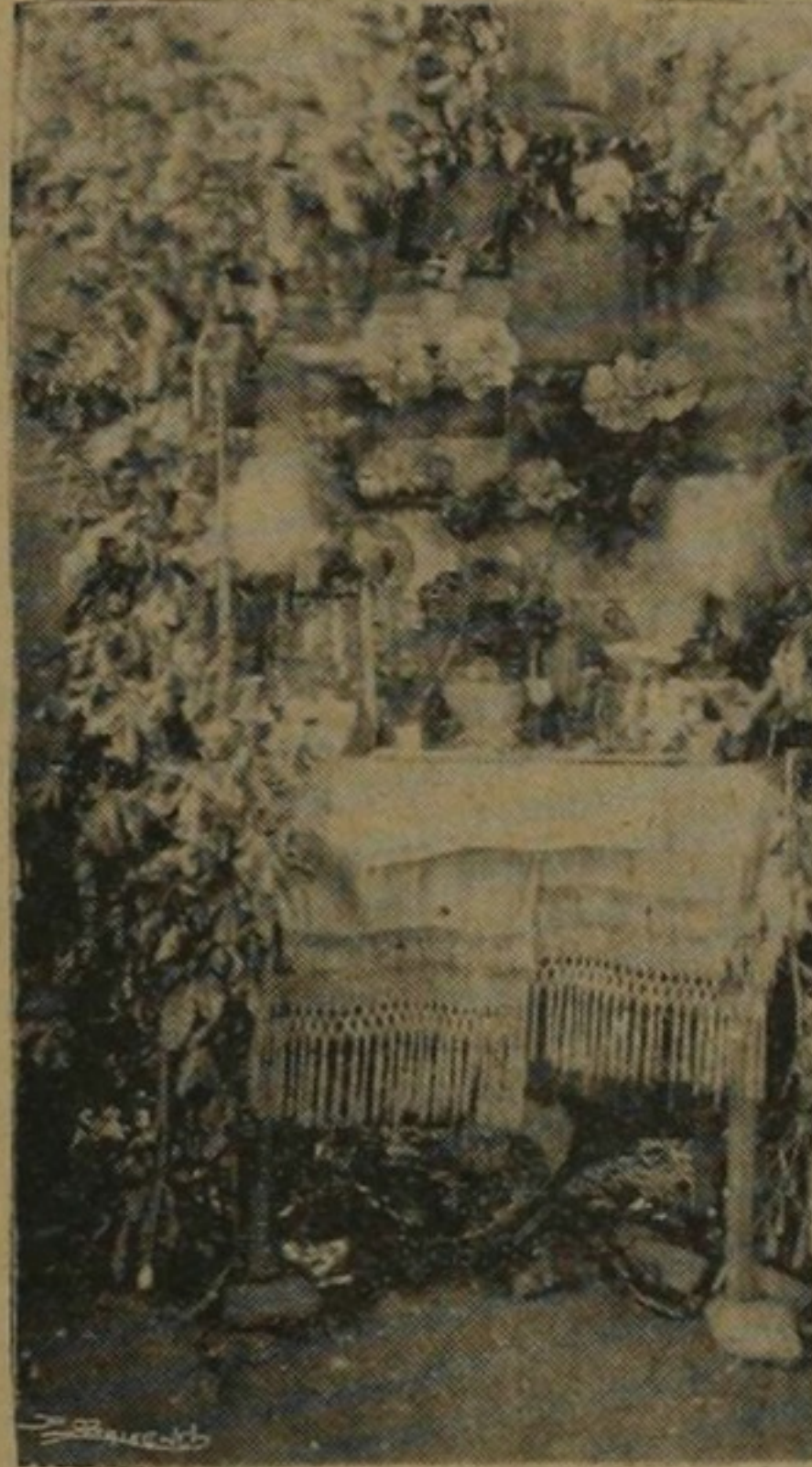
Semana tras semana miro estas páginas, ricas de anuncios; veo en las listas de libros que «acaban de llegar», que muchísimas casas editoras con celosa actividad dan a luz toda clase de obras nuevas y antiguas; leo los nombres de innumerables trabajadores en todos los campos de las letras. Muchas obras de las anunciadas se declaran, a la simple vista, de efímera o de ninguna importancia; pero ¡qué multitud de impresos invita la atención de la gente pensadora o estudiosa! A la muchedumbre se le ofrece larga procesión de autores clásicos, en bellas ediciones, a costo mínimo; jamás fueron presentados tales tesoros tan baratos ni con tanta elegancia. Para los pudientes hay magníficos tomos; ediciones señoriales; obras de arte en las que se ha derrochado esmero, y habilidad a gasto incalculable. Aquí se exhibe todo el saber del mundo de todas las edades; sean los que fueren los estudios que nos interesan, en estas columnas de *Legenda aut adquirenda*, si no en uno en otro número de la revista, hallaremos lo que nos llame la atención. Aquí hay labor de eruditos, ejercitada en toda disciplina del saber. La ciencia expone sus más recientes descubrimientos de la tierra y del cielo; le habla al filósofo en su soledad y a las turbas en el mercado. En publicaciones incontables se nos ofrece el fruto de mentalidades que han aprovechado el ocio; bagatelas y rarezas de sabor intelectual; cosas recogidas en todas las veredas del humano interés. Para otros estados de ánimo, ahí tenéis a los fabulistas; a decir verdad, son quienes por regla general ocupan el lugar de honor en tan variados catálogos. ¿Quién contará su número? ¿Quién calculará cuántos lectores tienen? Los hacedores de versos son muchos; pero el observador se fijará en que los poetas contemporáneos ocupan lugar inconspicuo en este índice del gusto público. Los libros de viajes, en cambio, tienen numerosa representación; el apetito general, ávido de relatos acerca de remotas tierras, parece cederle primer puesto sólo al

Persiflage

Una página de Gissing

= Colaboración directa =

Para don LUIS DOBLES SEGREDA, acordándome del mucho dinero del Estado que hizo ganar a los impresores hasta lograr, cuando fué Secretario de Instrucción Pública, que Costa Rica se pusiera a la altura de los países más civilizados en la producción de libros.



Altar doméstico

En Yalí, Depto. de Jinotega, Segovias de Nicaragua

(Cortesía de Henry Lepidus.)

interés que las aventuras amorosas despiertan...

Con estos anuncios frente a nuestros ojos, ¿no es de creer que las cosas de la mente son preocupación de primer orden en nuestra época? ¿Quiénes son los compradores de estos volúmenes que las prensas sueltan a torrentes? ¿Cómo es posible que tan gran comercio florezca sino como consecuencia de una general avidez activa en el campo intelectual? De seguro hay que tomar por de contado que en las ciudades y en el campo crecen en número y en volúmenes las bibliotecas; que la humanidad dedica gran parte de su tiempo a la lectura; que la ambición literaria es uno de los estímulos más comunes del esfuerzo.

Ello es verdad. Todo eso puede decirse de la Inglaterra, de la España, de la Costa Rica actuales. ¿Pero será bastante para quitarnos la inquietud que abrigamos respecto a la civilización? Hay dos cosas que recordar. Por grande que sea el comercio literario, considerado por sí solo, relativamente es pequeña cosa. Y en segundo lugar, la actividad literaria no es de ningún modo prueba invariable de la actitud mental que distingue al hombre verdaderamente civilizado.

Haced a un lado el *Semanario de Cultura* que os visita cada sábado y tomad el periódico que sale día a día, por la mañana y por la noche. Aquí hallaréis la exacta proporción de las cosas. Leed vuestro diario—el que vale quince o el que sólo vale diez céntimos—y me-

ditad acerca de la impresión que deja. Quizás alguna vez tome nota de los libros; otorguémoslo; pero comparad el espacio que se les dedica con el que ocupan los intereses materiales de la vida: ahí tenéis la medida cierta de la verdadera importancia que la gente en general le da a los esfuerzos intelectuales.

No; el público que lee, en el sentido de la palabra digno de tomarse en cuenta, es muy reducido, reducidísimo. El público que ni siquiera se daría cuenta de falta alguna si mañana se dejara de imprimir libros en el mundo, es enorme. Estos anuncios de obras sabias, que nos parecen tan alentadores, son, comprendámoslo, para unos pocos millares de individuos, diseminados por el mundo. ¡Con qué lentitud logran venderse unos escasos centenares de ejemplares de los mejores libros! Juntad de todas las tierras que hablan español los hombres y mujeres que compran obras serias como cosa corriente, y a los que tienen costumbre de buscarlas en la bibliotecas públicas; en fin, a todos aquellos para quienes la literatura más digna es una necesidad de la vida, y mucho me equivocaré si no podéis acomodar holgadamente ese contado grupo de personas en cualquier salón de cine.

Pero aún concediendo ese punto, ¿no es un hecho obvio que nuestra época tiende hacia una habitual actitud mental de civilización semejante a la actitud que se manifiesta en el cariño por las cosas del intelecto? ¿Hubo jamás período de la historia en el que estuviesen tan diseminada la lectura del saber y la de las emociones? ¿No ejerce la minoría de los verdaderamente inteligentes una vasta y honda influencia? ¿No guía a las masas por el camino derecho a seguir, por más lenta e irregularmente que éstas avancen en su séquito?

Quisiera creerlo. Cuando pruebas tristes me toman por asalto, me digo: Piensa en la frecuencia del hombre razonable; piensa cómo está en todas partes, trabajando para esparcir la luz; ¿cómo será posible que a tales esfuerzos los derrotan las fuerzas de la brutalidad ciega, ahora que la raza humana ha adelantado tanto? Sí, sí; pero este mortal a quien acaricio dándole el nombre de razonable, de ilustrado, de esparcidor de ilustración; este autor, este investigador, este conferencista, este caballero estudioso del borde de cuyo saco me agarro desesperadamente, ¿representa siempre la justicia y la paz, la dulzura del trato, la pureza de la vida, en fin, cuanto tiende a la verdadera civilización? He aquí una falacia de la mentalidad libresca. La experiencia prueba a diestra y siniestra que una vigorosa vida mental puede no ser más que media personalidad cuya otra mitad es la barbarie moral. Puede un hombre ser arqueólogo excelente, y a la vez carecer de ideales humanos. El historiador, el biógrafo, hasta el poeta, pueden ser hombres que juegan a valores de Bolsa, renacuajos de sociedad, chauvinistas clamorosos, o intrigantes sin escrúpulos. Por lo que toca a los «hombres de ciencia de primera fila», ¿qué optimista los proclamará del lado de las